



Infancia en Berlín hacia 1900. Walter Benjamin.

Alfaguara, 1990

ISBN: 84 204 2506 0

Por Carmen Zancajo

Difícil reseñar desde la pasión pero no existe otra forma de acercarse a este libro compuesto por treinta siete relatos. Escritos treinta años después de su suceso y publicados posiblemente por razones económicas en periódicos, en ocasiones bajo seudónimo, y que solo aparecerán conjuntamente después de su muerte ya en los años cincuenta.

¿Qué pretende Benjamín con estas páginas? ¿Cómo puede escarbar y abrir tan nítidamente la tierra de los recuerdos?. Enfrentándose a la labor con la misma humildad del que cava un hoyo bajo sus pies y a paletazos extiende la arena a su alrededor. ¿Qué busca? Quizá *“lo olvidado que nos parece pesar por toda la vida vivida que nos promete”*.

En un doble juego Benjamín narra desde su mundo adulto pero a la vez nos sitúa en la otra orilla *“en aquella época la orilla de ser adulto me parecía separada de la mía por el cauce de muchos años”* desde el recuerdo sentimos la premonición de lo que llegará como en el relato titulado “El Teléfono” cuando *“no solo perturbaba la siesta de mis padres, sino la época de la Historia en medio de la cual se durmieron”* o bien dar testimonio de la sensación de futuro que acompaña a la niñez. *“Pues, al igual que hay plantas de las cuales se dice que poseen el don de hacer ver el futuro, existen también lugares que tienen la misma facultad. En su mayoría son lugares abandonados, como copas de árboles que están junto a los muros, callejones sin salida, jardines delante de las casas donde jamás persona alguna se detiene. En esos lugares parece haber pasado todo lo que aún nos espera”*.

Con un léxico sencillo, como si de un mago se tratase, convierte cada pequeño gesto cotidiano en una obra de arte, con minimalista afán por capturar aquello que se nos escapa y que incluso él desearía haber estado aun más atento para que nada se perdiera. En el relato titulado “La Fiebre” al hablar de la medicina a tomar *“...veía la cuchara, cuyos bordes colmaban los ruegos de mi madre”*.

Relatos breves, algunos no mas de quince líneas como *“Llegando Tarde”*, o los mas extensos de cuatro o cinco folios, en los que los recuerdos son tratados con extremada delicadeza y ternura no dejando por ello de ser inflexibles con una realidad que se abre ante los ojos del niño *“Pues nunca me gustaba tanto el día, por largo que fuera, como cuando la lluvia lo peinaba lentamente durante horas y minutos con sus dientes finos y rudos. Esperaba; pero no que cesara, sino al contrario, que cayera cada vez con mayor intensidad...Comprendí perfectamente que se crece con la lluvia”*.

El propio Benjamín se nos muestra con sus gustos, preferencias, aptitudes, miedos, el bagaje que le acompañará durante su vida *“Como un molusco vive en la concha, vivo en el siglo XX que está delante de mí, hueco como una concha vacía”*.

De su paciencia *“He estado enfermo muchas veces. De ahí resulta tal vez que lo que los otros llaman mi paciencia en realidad no se parece en nada a esa virtud. No es mas que la propensión a ver acercarse desde lejos todo lo que me importa, como las horas que se acercaban a mi lecho de enfermo”*.

¿Cómo puede llevarnos a encontrar la tradición en el fondo de una cómoda? ¿Cómo con el tacto de los calcetines con su desdoblamiento puede crear otro mundo dentro del mundo? *“Para mí no había mayor placer que el meter mi mano lo más profundo posible en el interior del cajón; no sólo por el calor de la lana. Era la tradición la que enrollada en su interior, tomaba siempre en mi mano y que me atraía de esta manera hacia la profundidad. Cuando la tenía abrazada con la mano, y me había*

asegurado en lo posible de la posesión de la masa suave y lanuda, entonces comenzaba la segunda parte del juego, que conducía a la revelación emocionante. Pues ahora me disponía a desenvolver la tradición de su bolsa de lana. La aproximaba cada vez más hacia mí hasta que se obraba lo más sorprendente, que la tradición saliese por completo de su bolsa, en tanto que ésta dejaba de existir. No me cansaba nunca de hacer la prueba de esta verdad enigmática: que forma y contenido, el velo y lo velado, la tradición y la bolsa, no eran sino una sola cosa”.

Lo onírico, hadas, fantasmas y duendes forman parte del conjunto del mundo infantil. En el último relato, único que puede llevar ese título pues en él tienen cabida todos los anteriores nos refiere como un pequeño hombrecillo, personaje de los cuentos infantiles alemanes, es el hacedor de nuestros recuerdos y como las imágenes que él recoge serán las que permanezcan en nuestro interior, si bien es cierto que *“Jamás podremos rescatar del todo lo que olvidamos. Quizás esté bien así”.*

Benjamín no solo muestra la nostalgia de la niñez, también nos habla de una época de la historia que desaparecía, que poco a poco se iba sumergiendo en los escenarios que le rodeaban, un giro en la sociedad occidental, en el pensar, un terrible giro. En “Juego de Letras” expresa su intención: *“Lo que busco realmente es la infancia misma, tal y como sabía manejarla la mano que colocaba las letras en el atril, donde se enlazaban unas con otras. La mano aún puede soñar el manejo, pero nunca podrá despertar para realizarlo realmente. Así más de uno soñará en cómo aprendió a andar. Pero no le sirve de nada. Ahora sabe andar, pero nunca jamás volverá a aprenderlo”.*